

SOLO LIBROS / reseñas

ALFREDO ALBUJA GALINDO. *EL PERIODISMO: EN LA DIALÉCTICA POLÍTICA ECUATORIANA* (2 TOMOS). QUITO: LA TIERRA, 2013 [1979], 203 PP. (TOMO 1), 195 PP. (TOMO 2).

Desde la Revolución francesa los periódicos se convirtieron en tribunas del debate público, incluso para quienes no sabían leer o escribir, pues ellos se reunían alrededor de los alfabetos para escucharles recitar las noticias.¹ De esta manera inició la influencia política de los impresos en los Estados-nación. Una revisión exhaustiva para el caso del Ecuador, incluso en la etapa previa a la república, se presenta en *El periodismo: en la dialéctica política ecuatoriana*, de Alfredo Albuja Galindo, libro originalmente publicado en 1979 y reeditado en 2013 por ediciones La Tierra, como parte de la colección Pensamiento Socialista.

En los 34 capítulos del libro se exploran casi dos siglos de publicaciones periódicas, aunque el énfasis de la obra está en el siglo XX, al cual se dedica prácticamente todo el segundo tomo, pues fue en esa centuria que se consolidó el diarismo y se regularizaron otro tipo de publicaciones. El primer tomo, en cambio, hace referencia a los orígenes del periodismo moderno y a los diversos empeños periodísticos realizados en el Ecuador hasta 1875, año del asesinato de Gabriel García Moreno.

Albuja Galindo considera que el principal aporte de su trabajo es rescatar del olvido los valores culturales propios y presentar las realizaciones a favor de los ideales de verdad, libertad, justicia y democracia pues, según afirma, el periodismo no tiene valor en sí mismo sino "en cuanto se convierte en medio o instrumento de servicio social y ordenamiento jurídico".²

Con esa visión ideal del periodismo, el autor dedica los dos primeros capítulos a referir el proceso y los valores de la Ilustración y la importancia del desarrollo de la imprenta, considerados como el padre y la madre de los impresos modernos, sin los cuales no podrían explicarse ni su fondo ni

1. Rocío Durán Barba, *El fin de la Revolución francesa* (Quito: Corporación Editora Nacional, 1999), 101-104.

2. Alfredo Albuja Galindo, *El periodismo: en la política ecuatoriana*, t. 1 (Quito: La Tierra, 2013), 71, 76.

su forma. Una vez detallado el contexto en el cual nacieron los periódicos, relata –a lo largo de tres capítulos– la repercusión del movimiento ilustrado en los territorios de América y, sobre todo, en la Real Audiencia de Quito, influida por las delegaciones científicas enviadas por los reyes católicos y cuyo influjo se evidenció en el pensamiento de diversas figuras locales, la más prominente de las cuales fue Eugenio Espejo, editor del antecente periodístico más destacado del actual Ecuador: *Primicias de la Cultura de Quito*.

Albuja considera la personalidad de Espejo de tal preeminencia que dedica un capítulo a su figura y otro más a la contextualización de su pensamiento en relación con otras figuras de la Independencia, como Francisco Antonio Zea y Antonio Nariño. Adicionalmente, realiza transcripciones literales de lo publicado en *Primicias*.

Una vez descrito el contexto intelectual, se dedican cinco capítulos a la técnica, esto es, a explicar cómo se produjo la llegada de imprentas al país, las ciudades a las que arribaron, quiénes las trajeron y el propósito con el que fueron utilizadas. Albuja no describe únicamente lo sucedido en Quito, Guayaquil y Cuenca sino que también describe cómo adquirieron esta maquinaria ciudades medianas como Ambato, Riobamba, Portoviejo y Tulcán, entre otras.

El resto del primer tomo da cuenta de los principales periodistas e impresos decimonónicos. Considera como “titanes” del periodismo republicano a Pedro Moncayo, Juan Montalvo, Manuel J. Calle, Miguel Valverde, Federico Proaño, José Peralta, Roberto Andrade, Juan Benigno Vela, Abelardo Moncayo, Luciano Coral, Modesto A. Peñaherrera, de quienes asegura que fueron “los fuertes temperamentos que habían logrado concentrar en su propia persona una inmensa energía social con la que iban a luchar para establecer un liberalismo compatible con la dignidad humana”.³ Entre los periódicos pioneros menciona *La gaceta de la Corte de Quito* (1809) y la *Gaceta curiosa de 1810*, ambos vetados por el gobierno español. Años más tarde, en 1823, Antonio José de Sucre publicó el *Monitor quiteño*; y el año siguiente circularon *El Noticioso*, de los partidarios de Juan José Flores, y *El pensador quiteño*, de los católicos opositores a ese gobierno.⁴

El tomo 2 de *El periodismo: en la dialéctica política ecuatoriana* inicia con una contextualización del periodismo en el siglo XIX para luego biografar a sus principales figuras, todos marcados por la lucha política, dentro de la cual los periódicos eran una herramienta de difusión doctrinaria y disputa del espacio público. Aún no eran considerados como empresas rentables, pues tal cosa solo sucedió a fines de ese siglo en Guayaquil y a inicios del XX en Quito, con

3. *Ibíd.*, 155.

4. *Ibíd.*, 157-159.

el desarrollo del diarismo. Esta inflexión es descrita por Albuja Galindo desde el capítulo 25, donde se inicia la presentación de los impresos publicados en el país con regularidad durante la primera mitad de la centuria. En esta descripción se incluyen los dueños, redactores, columnistas y la línea editorial de cada uno de ellos, tanto de los que tuvieron una visión empresarial como de los que se mantuvieron como instrumentos político-partidistas. En cada caso se analiza su relación con los diversos gobiernos, las guerras mundiales y los años de posguerra, hasta llegar a los años setenta, donde el autor cierra su relato.

El autor, quien fue profesor secundario y afiliado al Partido Socialista, realiza la revisión de la producción de los impresos nacionales en una perspectiva política, desde la cual los periódicos adquieren un sentido social. Es decir, no es un estudio de su contenido sino, más bien, una crítica sociológica que usa registros históricos para explicar la lucha de clases y los periódicos como uno de sus instrumentos.

La edición 2013 incluye también un estudio introductorio y un posfacio de los historiadores Enrique Ayala Mora y Fernando López Romero, respectivamente. El primero de los cuales ubica el aporte de Albuja Galindo al estudio de los impresos en el Ecuador y hace un breve recuento historiográfico de la comunicación y detalla tanto los antecedentes de los actuales medios de comunicación, así como su apareamiento y consolidación en el espacio público nacional. El posfacio, en cambio, presenta el significado social del periódico en el Ecuador del siglo XX y narra la recepción de los periódicos y su representación de la modernidad.

El periodismo: dialéctica política ecuatoriana es la revisión más exhaustiva que se ha publicado de la prensa nacional hasta hoy, así como de quienes la impulsaron como tribuna política o como empresa, según los casos. Sin ser una investigación histórica en estricto rigor, pues es un relato sin referencia de las fuentes investigadas, es una obra relevante para la historia de la comunicación en el Ecuador porque da cuenta de las motivaciones de periodistas y editores para emprender en la publicación periódica de un impreso. Estas primeras pistas permiten emprender en nuevas investigaciones sobre la función social de la prensa y sus miembros en la conformación de los Estados nacionales dado que, como lo advirtió Ángel Rama, la prensa fue la más notoria modernización letrada de América Latina a inicios del siglo XX y sus miembros fueron incorporados al panteón de los héroes nacionales.⁵

La obra de Albuja Galindo, más allá de los límites ya señalados, muestra dos cuestiones que merecen mayor profundización y cuyos detalles pueden ser un buen inicio. La primera de ellas tiene que ver con la constitución de los medios de comunicación como expresiones de las inquietudes intelectuales

5. Ángel Rama, *La ciudad letrada* (Montevideo: Arca, 1998 [1983]), 74-79, 97.

y sociales de una nueva élite, que buscó su expresión en los impresos periódicos, así como en otras manifestaciones culturales que se complementaban con la necesidad de expresar una visión de patria fuerte que, al mismo tiempo, rompiera el aislamiento en el que la percibían, para lo cual buscaron traer el mundo al país, mediante la difusión de noticias y opiniones ilustradas. El segundo punto, en conexión con el anterior, tiene que ver tanto con los proyectos de modernización y de modernidad que encarnaron los medios de comunicación en el país, como lo hicieron en el mundo entero. En parte, esto hacía relación a su contenido, tema en el cual se detiene Albuja Galindo, pero su influencia no tenía que ver sola y exclusivamente con el discurso sino que hace falta reflexionar sobre su propia forma y existencia que dio curso a una nueva y diferente forma de vivir, relacionada con otros cambios de las ciudades como, por ejemplo, el alumbrado público, los automóviles, el teléfono y la propia difusión de diarios, lo cual modificó la percepción y el uso del espacio público a lo largo del siglo XX.

Katerinne Orquera Polanco
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

MANUEL BURGA Y PABLO MACERA. *ESCUELA DE OBEDIENCIA Y MEMORIA DEL INCA 1743-1818*. COLECCIÓN PENSAMIENTO EDUCATIVO PERUANO, VOL. 3. LIMA: DERRAMA MAGISTERIAL, 2013, 314 pp.

Esta obra integra la reflexión –y las evidencias documentales– de dos ilustres intelectuales historiadores del Perú, cuyos trabajos académicos sobre el mundo andino, ampliamente conocidos, han contribuido a moldear la comprensión de las civilizaciones de los Andes durante varias décadas. Sabemos que al constituirse en objeto de estudio, el mundo andino ha permitido ampliar los sentidos de pertenencia cultural y la conciencia histórica de los países bajo su influencia, contribuyendo de esta forma a encontrar elementos de integración que sobrepasan los estrechos marcos nacionales. La academia ecuatoriana, de su parte, no ha dejado de estar inmersa en esta reflexión al establecer un debate aún por profundizar, desde la diversidad que representa el espacio norandino respecto de la “centralidad” de los Andes peruanos, problemática que acentúa la idea de lo andino también como una heterogeneidad compleja cuyos matices aún desafían a la historiografía.

Uno de los elementos de esta complejidad es precisamente el que aborda este libro dedicado a la educación colonial, un tema que se mueve en registros contrapuestos. Manuel Burga y Pablo Macera proponen pensar la educación colonial en dos dimensiones: como instrumento de reproducción de relaciones de poder, en este caso monárquicas y coloniales, orientadas a

transmitir valores cristianos e imperiales; y como espacio de negociación y sobrevivencia de formas culturales andinas, cuestión que se expresa claramente en el título *Escuela de obediencia y memoria del Inca*.

El libro se estructura en dos partes: un amplio estudio introductorio actualizado a cargo de ambos autores y una antología de textos también de su autoría elaborados en años pasados y que refieren a importantes fuentes coloniales que también se adjuntan. Este conjunto de reflexiones arranca en los años de 1950, cuando por iniciativa de Raúl Porras Barrenechea y Macera se explora la relación entre ilustración y conciencia criolla. Como estudiante de Macera, Burga se encarga en los sesenta de estudiar las bibliotecas jesuitas. El estudio introductorio actualiza en clave contemporánea dicha reflexión a partir de nuevas preguntas y preocupaciones sobre la educación colonial, vista como un sistema que articula las escuelas de obediencia –un término usado por los autores para referirse al sistema de enseñanza elemental, primeras letras y doctrina cristiana– y los colegios coloniales. Parte integrante del sistema habrían sido los talleres gremiales que los autores llaman de “libertad”, un espacio alternativo contrapuesto a las escuelas de obediencia, en tanto eran centros menos disciplinarios, que daban lugar a relaciones entre maestros y aprendices en su mayoría, indios, negros o mestizos, y promovían el aprendizaje de oficios como un ejercicio laboral autónomo que, eventualmente, se pudo anclar a prácticas culturales. La educación gremial estuvo inscrita en la necesidad de suministrar mano de obra capacitada para el programa económico oficial.

La importancia de los centros educativos como instrumentos de legitimación del orden borbónico se plasman en una sugerente conclusión, recogida en la obra, a la que llega uno de los funcionarios coloniales ante la rebelión de Túpac Amaru, cuando plantea que una de las causas del movimiento fue la falta de educación. Esta preocupación por la educación recorrerá según los autores los informes oficiales de la Colonia tardía. De hecho, frente a la crisis provocada por la expulsión de los jesuitas, los Borbones habrían intentado fortalecer la educación pública pero chocaron con la resistencia conservadora de las clases criollas.

La obra examina varios proyectos educativos previos a esta reforma. La escuela de Paucartambo fundada en 1743 por el corregidor Sebastián Márquez Escudero, obedecía a un modelo orientado tanto a la formación cristiana, a cargo de los jesuitas, como a formar súbditos fieles al imperio clasificados en rangos, prefiriendo este criterio al de las exclusiones raciales, de allí que estuvo destinada a niños indígenas, mestizos y criollos. También las niñas tuvieron cabida en la escuela aunque en espacios segregados.

Los colegios jesuitas, el otro gran eje de las escuelas de obediencia, se examinan en la obra a través de casos como el del Colegio de San Pablo, fundado en el siglo XVI (1569), que tuvo al famoso José de Acosta como rec-

tor. En contra de la creencia generalizada relativa a que los religiosos de la Compañía se especializaron en educar a la clase criolla, la obra demuestra, a través de reflexiones y fuentes documentales, que varios colegios jesuitas admitieron en su seno a hijos de caciques principales. Es decir, ambas “repúblicas”, la de españoles y la de indios, estaba representada en su sistema educativo. Ejemplos de colegios para caciques: el de San Borja del Cusco, el Colegio del Príncipe de Lima. Efectivamente, la propia filosofía educativa jesuita inspirada en la *ratio studiorum* se basaba en el principio de gratuidad y apertura. Este carácter humanista privilegiaba la educación moral, algo que según los autores buscaba formar súbditos obedientes y piadosos. No obstante, la instrucción impartida a los indígenas estaba destinada a convertirlos en intermediarios entre el gobierno colonial y las poblaciones andinas, especialmente en lo relativo al cobro de tributo y catequesis. De todas maneras, como se demuestra en las fuentes anexas, la *ratio* jesuita adoptó formas de modernidad no reñidas con la Ilustración, como el caso del manual de Esteban de Orellana (1759) que defendía la experiencia por sobre la memorización como método de aprendizaje, y valoró la escolarización de los caciques, una condición que no fue plenamente retomada una vez expulsada la orden.

Más allá de estas temáticas que revelan aspectos sorprendentes del mundo educativo colonial no suficientemente conocidos, considero que una de las tesis más sugerentes de la obra es la referida a la función que cumplió la memoria del Inca, a la que se trata como un registro educativo articulado a prácticas culturales y políticas de los Andes peruanos, que tenían como eje central la reproducción y perpetuación del imaginario acuñado por Garcilaso de la Vega en su obra los *Comentarios Reales*. Señalan los autores que el mensaje garcilasista de exaltación de un pasado esplendoroso inca, transmitido no a través de la escuela sino en el marco de la ritualidad pública y el arte barroco –entre otros mecanismos– contribuyó a la construcción de la memoria de la nobleza andina cusqueña, permeó también la evocación del pasado en las noblezas regionales y trascendió a la esfera hispana al convertirse en argumento jurídico de las reivindicaciones indígenas ante las autoridades españolas. Diríamos que en tanto Garcilaso combinó sentidos de pertenencia no solo con el pasado inca sino con el sistema español, su discurso se convirtió en un mecanismo de articulación estratégica de las noblezas indígenas con el régimen colonial, algunas de las cuales resolvieron abiertamente incanizarse para alcanzar privilegios.

En el estudio introductorio, los autores determinan que esta lógica de buscar legitimidad histórica a la sombra del sistema colonial terminó violentamente con la rebelión de Túpac Amaru. La frágil convivencia de las dos Repúblicas fue reemplazada por otras reglas del juego, que avanzaron hacia la liquidación de la memoria indígena, hecho que se expresa con trascenden-

cia y dramatismo extremos en el acto de ejecución de Túpac Amaru, descrito en un excepcional relato de testigo anónimo incluido en la antología.

Se sugiere que, en este nuevo escenario, el proyecto educativo ilustrado dejó atrás el anterior sistema de instrucción. La Universidad de San Marcos que había albergado la cátedra de quichua originada en el siglo XVI entra en una crisis profunda como expresión tanto del fin de una época como del fracaso de la reforma educativa borbónica, que intenta remontar el vacío de la ausencia jesuítica. De hecho, la universidad borbónica tardía, secularizante, pensada para impulsar la castellanización, fomentar el espíritu de progreso y la fidelidad al imperio, deja de ser para el régimen (caso del virrey Abascal de principios del siglo XIX) una alternativa y en su reemplazo se propone la creación y generalización de escuelas de primeras letras que fueron expresamente auspiciadas por la monarquía para niños no solo mestizos y criollos sino sobre todo indígenas (ver expediente de la escuela de Calca fundada en 1792). Cabe relieves en este contexto la singular figura de Miguel de Eyzaquirre, un ilustrado que analiza la situación del indio desde una perspectiva liberal inspirada en las Cortes de Cádiz, desde la que propone no solo la entrega de tierras a los indígenas sino la supresión del tributo, aunque dentro de un proyecto de mestización. Sus diferencias con Abascal lo condenaron al exilio. En estos dos personajes la obra deja entrever la complejidad del mundo ilustrado y sus distintas vertientes y contrastes, en un marco de fidelidad compartida hacia la monarquía absolutista.

Las reflexiones que constan bajo el subtítulo de Antología de Textos profundizan los aspectos del estudio introductorio que hemos analizado. El texto de Pablo Macera de 1967 aborda la enseñanza elemental en el XVIII, el de Manuel Burga, de 1969, explora la temática de los colegios jesuíticos. El tema de la *ratio* cuenta también con un estudio analítico. En cuanto a las fuentes, la obra incluye importantes documentos sobre la Escuela de Paucartambo, los talleres de oficios, el método de enseñanza jesuítico, cartas de la época que evidencian el uso de la memoria del Inca, relaciones de virreyes que informan sobre la universidad pública ilustrada, y relaciones acerca de las escuelas de primeras letras para indios.

En síntesis, se trata de una obra excepcional e indispensable para entender el papel de la educación en las políticas imperiales de la Colonia tardía, en un contexto de transición hacia una modernidad ilustrada que desplaza la centralidad que poseía la etnicidad en la sociedad de Antiguo Régimen. Invita a establecer comparaciones con otros contextos en los cuales el sistema virreinal tenía una presencia menor, como el caso de Quito.

CARLOS DE LA TORRE ESPINOSA. *DE VELASCO A CORREA.*
INSURRECCIONES, POPULISMOS Y ELECCIONES EN ECUADOR, 1944-2013.
QUITO: UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR SEDE ECUADOR /
CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL, 2015, 243 pp.

Se ha repetido muchas veces que el populismo es un cáncer que desvía a la democracia del camino por donde debe transitar correctamente en nuestro país. O se ha dicho que es una necesaria forma de expresión del pueblo postergado. Se ha afirmado que las elecciones son la máxima expresión de la participación popular o que constituyen una farsa orquestada por el poder. Se ha insistido, en fin, que las insurrecciones o asonadas callejeras, sobre todo las que han provocado caídas de gobiernos, constituyen censurables hechos de ruptura del régimen jurídico o mecanismos de expresión democrática directa para la revocatoria del mandato popular de quienes no lo han cumplido.

Todo eso y más se ha dicho, pero realmente se ha estudiado muy poco esas realidades sociales y políticas. Por eso es más que bienvenido el libro de Carlos de la Torre, *De Velasco a Correa. Insurrecciones, populismos y elecciones en Ecuador, 1944-2013*, editado por la Universidad Andina Simón Bolívar y la Corporación Editora Nacional como volumen 44 de su Biblioteca de Historia, un espacio que recoge significativos aportes al conocimiento del país y América Andina.

El libro se incluye en una “Biblioteca de Historia”, aunque no se trata de una obra historiográfica propiamente dicha, sino de una reflexión desde la sociología y la ciencia política sobre procesos que se han dado a lo largo de más de setenta años, desde la década de los cuarenta del siglo veinte. Estudiar el pasado no es ciertamente un monopolio de los historiadores, que necesitamos de otras miradas para enriquecer nuestros intentos de cumplir con nuestro oficio.

La obra de Carlos de la Torre no contiene una narrativa secuencial de la historia política del país en tres cuartos de una centuria. Pretende ser un estudio puntual de varios procesos electorales o de caídas de políticos que utilizaron la retórica populista para llegar al poder y gobernar. Según el autor lo indica en forma pormenorizada, sus capítulos recogen trabajos anteriores ya publicados sobre el tema enunciado. Pero no se los ha recogido uno tras de otro, sino que se los ha reelaborado para que constituyan una obra estructurada y ofrezcan a los lectores una visión comparativa sobre diversos momentos históricos.

Como el título lo sugiere, el elemento articulador del trabajo de Carlos de la Torre es la presencia del populismo. Todas las figuras políticas que se estudian con sus éxitos electorales y estrepitosas caídas, son calificados como “populistas” y a todos, pese a sus diferencias en el tiempo, el estilo político

y las coyunturas que enfrentaron, se les adjudica algunos rasgos comunes. El autor se propone, y ciertamente lo logra, establecer la gran ambigüedad de los procesos populistas que, por un lado, constituyen momentos de aceleración de la participación democrática, de ruptura con el poder oligárquico, pero que terminan por ser regímenes autoritarios y personalistas.

No es mi intención debatir la pertinencia del uso de la categoría populismo para describir y explicar varios fenómenos políticos de masas desde el velasquismo hasta el correísmo. Al cabo de años de haber sido testigo y participe de ese debate he llegado a la conclusión de que el término es muy poco útil para nuestra realidad porque puede ser o muy limitado o demasiado amplio, como para englobar todos o casi todas las formas de liderazgo político que se han dado. Quizá el principal problema es que nunca hemos logrado consensuar un concepto o definición. De la Torre, por ejemplo, lo considera “un discurso o una estrategia para llegar al poder y gobernar basada en la lucha moral y maniquea entre el pueblo y la oligarquía”. En este caso, la palabra no se refiere al fenómeno social y político propiamente dicho. Y no cabe duda de que el discurso y el proceso son dos realidades diversas.

Me limitaré a decir que considero que el velasquismo y correísmo, por ejemplo, se explican mejor si se los considera manifestaciones del caudillismo con que nació el Ecuador y vive hasta ahora, con una persistencia que no hemos alcanzado a explicar del todo. Los caudillos tienen rasgos propios de su momento, pero participan de características comunes. Pero no abundaré sobre este punto, porque debo comentar la obra de Carlos de la Torre, que es el experto en populismo y que ha desarrollado sus ideas al respecto en varias de sus obras. Si el término populismo es pertinente se puede discutir, pero los aportes que el autor ha hecho para explicar ese fenómeno político son consistentes. En este libro estudia siete procesos políticos en orden cronológico.

El autor analiza primero la insurrección popular contra el oprobioso régimen de Carlos Arroyo del Río en 1944, que fue capitalizada por Velasco Ibarra, quien luego de haber sido derrotado en las elecciones fraudulentas de 1940, se exiló transformándose en el “gran ausente”, llamado al poder por la “Gloriosa” revolución de mayo. De la Torre destaca la oposición entre Velasco, el caudillo popular, y Arroyo, el arrogante liberal oligarca; se pregunta cómo fue posible la unión de conservadores, liberales, socialistas y comunistas en una misma alianza, y explica el giro a la derecha de Velasco, que terminó gobernando con los conservadores y reprimiendo a la izquierda, para al fin ser derrocado por un golpe militar en 1947.

El segundo tema del libro es la contraposición entre Velasco Ibarra y Galo Plaza, que expresa el enfrentamiento entre el populismo y el liberalismo. Plaza gobernó el Ecuador entre 1948 y 1952 con un proyecto de promoción de las agroexportaciones y modernización estatal. En 1960 fue nuevamente candi-

dato y fue aparatosamente derrotado por Velasco. En esa campaña de intensa movilización y no pocos muertos, apoyado por un buen sector de la oligarquía, el caudillo se presentó como el “apóstol de los humildes y el constructor de la patria”. Plaza personificó la tolerancia política, la modernización y la apertura al mundo. Pero el pueblo votó “por intuición” y aceptó el mensaje mesiánico frente a la racionalidad capitalista, prefirió el antiimperialismo que inundaba América Latina al aliado de los yanquis, que también había sido duramente combatido por Concentración de Fuerzas Populares (CFP).

El tercer tema es el ascenso, triunfo y caída de Abdalá Bucaram, el populista que se alzó como “líder de los pobres” y terminó derrocado como “el repugnante otro” de la política nacional. El autor hace un extenso análisis de la trayectoria política de Abdalá y de los recursos que utilizó en la campaña de 1996, como las contradicciones de clase, la exaltación de su binomio (mujer e intelectual), la burla y el insulto, hasta el uso de la sexualidad y las ceremonias religiosas fundamentalistas en los actos de campaña. Estudia luego las incidencias de los meses que estuvo en la presidencia, con su estilo que convirtió al gobierno en un escenario de farándula, que le ganó el odio de los sectores medios, sobre todo de Quito. El análisis es muy rico y, aunque reconoce el peso de la movilización en la caída de Bucaram, destaca su incapacidad de consolidar alianzas con instituciones claves y el papel de las Fuerzas Armadas, que fueron nombradas árbitro del poder.

Un acápite muy interesante es el “epílogo” dedicado al regreso de Abdalá Bucaram al país en 2005, luego de la instauración de la “Pichi Corte”, que le exoneró de los cargos que pesaban en su contra. El autor establece los rasgos de ese acto, preparado como un show mediático, que regresó, según su declaración, “más loco para romper el alma a la oligarquía ecuatoriana”. La apelación al pueblo, a los pobres del Ecuador, el uso de su propia familia y de los recursos escénicos caracterizaron al hecho.

El cuarto tema se centra en el auge y caída de Lucio Gutiérrez, líder de la insurrección militar contra Mahuad, que triunfó en las elecciones de 2002. El autor refiere el tránsito del coronel desde el golpe de Estado a la Presidencia, con las incidencias de la “junta” que vivió unas pocas horas hasta que los militares reconocieron a Gustavo Noboa como presidente. Destaca la retórica populista de la campaña y los conflictos en el ejercicio del poder, en especial con sus aliados de izquierda. Hace una disección de la crisis política y de las movilizaciones, con sus actores sociales de lado y lado, comparándolas con las que derrocaron a Bucaram y Mahuad. Pone de manifiesto el hecho de que las normas y procedimientos de la democracia liberal no han sido respetados ni siquiera “por los pocos políticos que han disertado sobre las virtudes en esta forma de gobierno”.

Los tres siguientes temas se refieren a las diferentes elecciones en que triunfó Rafael Correa. Primero estudia los medios y estrategias de comuni-

cación de la “campaña híbrida” de 2006, en la que se combinaron las grandes movilizaciones de masas con el uso de los más avanzados medios. Esa experiencia habría de marcar el modo de gobierno del correísmo por más de ocho años. Especial énfasis pone en el “clientelismo fallido” del Partido Renovador Institucional Acción Nacional (PRIAN), cuyo líder, Álvaro Novoa, fue derrotado repetidamente por Correa. El autor sostiene, contra muchas interpretaciones prevalecientes, que hubo desde la campaña electoral una tensión entre el proyecto colectivo y participativo de la “Revolución Ciudadana” y que “las tensiones entre la apropiación populista de la voluntad y los proyectos de la sociedad civil diversa se manifestaron en Montecristi”. Es decir que la supuesta intención ampliamente participativa que su presidente le quiso dar a la Constituyente fue derrotada con su reemplazo por decisión del caudillo. Personalmente me consta, en cambio, que allí hubo un fuerte boicot y censura contra opiniones discordantes de la izquierda. Pero respeto profundamente a quienes se han distanciado del correísmo por mantener su consecuencia con las posturas de Montecristi.

Carlos de la Torre sostiene que el régimen de Correa puede caracterizarse como “tecnopopulismo”. Discurre sobre los conceptos de populismo y tecnocracia, afirmando que “carisma y la tecnocracia no son necesariamente sistemas de dominación opuestos”. Analiza el discurso presidencial en que confluyen los dos elementos y estudia los enlaces ciudadanos con toda su parafernalia, donde los utiliza y se constituye en “profesor y redentor de la nación”. Especial énfasis pone en el conflicto entre tecnócratas que dicen representar al interés general con los movimientos sociales, que han sido objeto de la manipulación oficial. Es importante destacar que en un momento aclara que “El populismo, sin embargo, no tiene los mismos efectos en los sistemas políticos institucionalizados que en aquellos donde las instituciones representativas son frágiles”. Un buen ejemplo de ello fue la insurrección policial del 30 de septiembre, con sus muertos, heridos y mitos, a los que dedica un acápite de la obra.

De la Torre sostiene que “Correa se ve a sí mismo como el prócer de la segunda independencia”. Por eso ve al proceso como enfrentamiento radical entre buenos y malos. “Quienes se oponen a esta gesta heroica no pueden ser sino los enemigos de la patria y de la historia”. Por ello, luego de derrotar a la partidocracia ha arremetido contra la prensa y las organizaciones sociales y de izquierda. Cita una frase presidencial: “Siempre dijimos que el mayor peligro para nuestro proyecto político, una vez derrotada sucesivamente en las urnas la derecha política, era el izquierdismo, ecologismo e indigenismo infantil”.

El último capítulo estudia las elecciones de 2013 en que se consolida el autoritarismo de Correa. Su tesis fundamental es: “Si bien el correísmo se presentó como un proyecto democratizador e incluyente, devino en un au-

toritarismo". Y añade más adelante: "El poder está concentrado en un movimiento personalista dominado por un líder carismático". Para sostenerlo, De la Torre se apoya fundamentalmente en el recurso weberiano del carisma y en las tesis de Andrew Arato. Pero advierte que esto puede cambiar cuando las condiciones económicas sean adversas. Ahora el país parece haber llegado a ello, pero el libro no. El capítulo termina con el análisis de la elección de 2013.

Al final, el autor incluye unas "reflexiones" dedicadas fundamentalmente a establecer algunas comparaciones entre los casos y procesos estudiados y a discutir algunos conceptos. Define también algunos rasgos del populismo que son relevantes:

El discurso populista agrupa las opresiones de clase, étnicas y culturales en dos campos maniqueos irreconciliables: el pueblo que abarca a la nación y a lo popular en contra de la oligarquía maligna y corrupta. La noción de lo popular incorpora la idea de conflicto antagonista entre dos grupos con la visión romántica de la pureza y la bondad natural del pueblo. Como resultado, lo popular es imaginado como una entidad homogénea, fija e indiferenciada. Los líderes populistas actúan como si conocieran quién es el pueblo y cuál es su voluntad.

Un aspecto importante del libro es el tratamiento que da al concepto de "pueblo", cuyo contenido polisémico se analiza desde diversos ángulos. Queda claro que el autoritarismo populista asimila con un sesgo mesiánico. El pueblo se identifica con su redentor más allá de las reglas de la democracia institucional. El autor destaca que de ese modo atropella la independencia de la sociedad respecto del poder. Por mi parte añado que la "participación" en la institucionalidad vigente es una suerte de ejercicio ventrilocuo en que el Estado rechaza a la sociedad organizada y acepta solo la representación que se ha designado desde el "cuarto poder", que no es elegido, y hace lo que el poder único le dispone. Hay una negación constitucionalizada del derecho a la representación de la sociedad a través de sus propias organizaciones representativas. La organización de la sociedad debe ser promovida, respetada y no suplantada desde el Estado. Una cosa es robustecer lo público y otra destruir a la sociedad.

A mi modo de ver, esto no se debe solo al estilo autoritario del caudillo o a las malas influencias de sus asesores de derecha. Bastante de eso hay, desde luego. Pero lo lamentable es que no pocas medidas del régimen se han basado en una concepción de la Constitución de Montecristi que confunde la ampliación del espacio público con la estatización de la sociedad y niega la representatividad de las organizaciones sociales.

El análisis del libro podría extenderse, puesto que trata muchos y muy diversos temas, pero me parece que se debe destacar ciertos puntos. Prime-

ro, algunas correcciones históricas menores, que no puedo dejar de hacer sin traicionar al oficio. Velasco Ibarra nunca fue presidente del Congreso, como el autor afirma. Lo fue de la Cámara de Diputados, que no es lo mismo. El frente popular que respaldó al “Gran ausente” no se constituyó en 1945 como Carlos afirma dos veces, sino en 1943 y luego se concretó en la Alianza Democrática Ecuatoriana (ADE), en 1944.

Luego observaré tres cuestiones de fondo. El autor sostiene que ante las crisis y la movilización, las Fuerzas Armadas fueron designadas árbitros del poder. El hecho del arbitraje, desde luego, ha sido una realidad visible, pero se ha ejercido no porque la fuerza pública fuera designada para ello por nadie, sino porque han mantenido ese carácter desde 1830 y lo han ejercido cuando la oportunidad se ha presentado. Se “golpea las puertas de los cuarteles” porque allí hay gente que desde siempre en la historia republicana oye los golpes e irrumpe en la política para “ponerla en orden” considerando que esa es su responsabilidad.

En segundo lugar, me llama la atención que el autor no hubiera dado más atención a un rasgo recurrente de los regímenes que él considera populistas. Se trata de la corrupción. Los empresarios velasquistas, los “colaboradores” del CFP y el Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE), el primer millón del hijo amado, el equipo de Lucio, los correístas beneficiarios del mayor auge económico y de la mayor impunidad de la historia testimonian que hay una constante de uso y abuso de los bienes públicos. Detrás de los conmlitones y gritones de Velasco, o de los drones y soplones de Correa, están los ladrones que siempre han operado con las mismas mañas y subterfugios. Y eso no es una cuestión secundaria.

Por fin, no puedo menos que destacar, con el más radical sentido de autocrítica, que Carlos de la Torre acierta cuando afirma: “Parecería que la izquierda no aprendió del error de juntarse con líderes populistas”.

No puedo concluir sin destacar, como uno de los primeros lectores que fui de la obra, que está escrita con agilidad, con lenguaje sencillo y claro, sin renunciar a la complejidad y a la precisión. Felizmente, las obras de Carlos de la Torre no se parecen a las oscuras y enrevesadas elucubraciones de ciertos científicos sociales. Además, el libro está editado con los nuevos parámetros de la Biblioteca de Historia, que estrena un nuevo formato y diseño con papel de mayor calidad.

El libro es original y polémico en varios aspectos. Es de desear que por ello no solo contribuya al mejor conocimiento de nuestra realidad compleja, sino que despierte el necesario debate en estos días de agitación y definiciones.

Enrique Ayala Mora
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

FERNANDO LÓPEZ ROMERO. *“DIOS, PATRIA Y LIBERTAD”*: ARTESANOS QUITEÑOS Y POLÍTICA. 1929-1933. UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, 2015, 102 pp.

Los artesanos y la historia de la formación de la clase obrera ecuatoriana son los ejes centrales de este trabajo investigativo, donde la vida cotidiana y la militancia, en sus respectivas instituciones y gremios, permiten reflexionar este período. El recorrido histórico inicia en las primeras décadas del siglo XX, pauta que permite adentrarse en el trajinar de los diversos sindicatos obreros fundados en la ciudad de Quito. El autor refiere inicialmente a la creación del primer sindicato en el año 1934, en la fábrica textil “La Internacional”, continúa con la formación de la Confederación Ecuatoriana de Obreros Católicos (CEDOC), en 1938, y llega hasta la fundación de la Confederación de Trabajadores del Ecuador (CTE), en 1944. Este recorrido cronológico es uno de los ovillos con los cuales va tejiendo la narrativa de los sindicatos ecuatorianos.

La presencia activa de las “masas” y los sectores subalternos son los factores más significativos en este período, especialmente porque estos hechos no ocurridos en épocas anteriores contribuyen a la efervescencia de la vida política del país. Por supuesto, la conmoción obligó a que los artesanos quiteños plantearan su propia agenda y participaran de forma activa en la vida política y social; es decir, es una época donde surgen nuevas agendas políticas de la mano de organizaciones recién nacidas en las regiones Sierra y Costa del país.

En este escenario, Fernando López Romero desarrolla uno de los argumentos centrales de la investigación: “la inserción de los artesanos en la política nacional, se materializó en el marco del debilitamiento de las vertientes partidistas liberal-conservadora y con la victoria electoral de Velasco Ibarra en 1933” (p. 16), lo cual dio cabida a la inserción de nuevos actores políticos en la contienda política.

Situada temporalmente entre los años 1929–1933, la investigación tiene algunos hitos históricos que deben ser detallados, solo a través de ellos podemos tener una panorámica amplia de lo que se vivía en aquella época: la institucionalización del reformismo juliano a través de la constitución de 1929, la proclamación de Isidro Ayora como nuevo presidente del país, la crisis económica y política de 1930, la destitución de Ayora en 1931, el apareamiento de la Compactación Obrera Nacional (CON) y del gobierno de Bonifaz (que duró tan solo un año), “la huelga general política” iniciada por los estudiantes en agosto de 1933 que terminó con la crisis del liberalismo y la asunción a la presidencia de la República de José María Velasco Ibarra. Este momento histórico el autor lo define, en base a los trabajos de Juan

Maiguashca, como un período en transición, es decir un lapso corto que definió la “constitución de la clase trabajadora en *clase* a través de la adquisición de una ‘conciencia de clase’ mediante su inserción en los temas políticos nacionales” (p. 18).

Introducirse en la problemática marxista y sus diversos conceptos y categorías, por ejemplo, el concepto de *clase* o *conciencia de clase*, permite al autor reflexionar no solo a partir de dicho cuerpo teórico, sino también discutir con autores que han trabajado el tema de lo laboral y su vínculo con lo político. Otros conceptos que orientan este trabajo son: autoridad paternal y economía moral; así como la literatura sobre sindicatos y gremios de la historia ecuatoriana, especialmente del siglo XX.

López Romero comparte las preocupaciones teóricas de Juan Maiguashca y Liisa North, quienes cuestionan el sobredimensionamiento que diversos autores le han dado al concepto de clase desplazándolo por “conciencia de clase”. Parte del supuesto de que “los artesanos quiteños integraron la clase trabajadora en los sentidos propuestos por Marx, como el amplio conjunto de personas al que se puede clasificar de acuerdo con un criterio objetivo, su lugar de producción, y por su conciencia de clase en un sentido subjetivo” (p. 19), ambos problemas, tanto el de clase como el de conciencia de clase, son inseparables. En otras palabras, las condiciones de clase son heredadas y no elegidas, lo objetivo y lo subjetivo están relacionados en una totalidad. Los artesanos quiteños adquirieron su conciencia de clase a través de la acción política heredada directamente de la acción política. A esto hay que sumar que asumieron los problemas nacionales y las diferencias como obreros y trabajadores.

La conciencia política, en palabras del autor, se enlaza con la denominada *economía moral*, donde la relación mediada por valores es preponderante. La inmensa mayoría de artesanos eran católicos practicantes, respetuosos de la autoridad paternal, con un alto nivel de patriotismo republicano y una firme creencia en las obligaciones de las élites y las autoridades. En base a estos argumentos, el autor plantea un alcance al concepto de E. P. Thompson, de acuerdo al cual los artesanos quiteños desarrollaron una “economía moral de los pobres” caracterizada por un consenso popular en base a las normas económicas y políticas que rigen el accionar humano y el de los distintos sectores sociales. Este tipo de conciencia, propio de los momentos de transición, donde los de abajo establecen una autoobligación, acatando los argumentos de los de arriba, pero también reaccionando de forma directa cuando hay un incumplimiento de las que consideran las obligaciones de los de arriba.

Precautelando inducir un ventriloquismo (los políticos o intelectuales eran quienes hablaban en nombre de los obreros), López Romero asegura

que no cabe utilizar ese concepto en el caso de los artesanos de Quito, por dos razones: la primera se refiere a los testimonios directos en los cuales se registra que no había grandes núcleos militantes que hablaran en nombre de los artesanos; y la segunda es que los gremios mutuales tenían una larga tradición organizativa en la que se expresaban por sí mismos a través de los múltiples dirigentes.

Las fuentes bibliográficas del autor son múltiples y variadas, desde los debates clásicos entre Rafael Quintero y Agustín Cueva, cuya propuesta giraba alrededor del concepto de populismo, hasta lecturas más contemporáneas como las de Jaime Durán Barba, Richard Milk, Alexei Páez, Juan Maiguashca, Jaime Levi y Patricio Ycaza, al igual que en los aportes de Hernán Ibarra, Milton Luna y Guillermo Bustos. En su conjunto, los autores aportan para reflexionar la década de los veinte y treinta del siglo pasado. Pensar los conceptos de sectores subalternos y pueblo en la política ecuatoriana, en la primera mitad del siglo XX. A la par, se utilizan una serie de fuentes: artículos, libros, memorias personales, diarios de la época (*El Día* y *El Comercio*) y hojas volantes, hacia los cuales el autor hace un acercamiento crítico.

Las conclusiones “provisionales” a las que llega López Romero tienen que ver con la participación política del artesanado, tema fundamental de su investigación, mediante la revisión de su presencia organizativa y política en una trama compleja de participación y apareamiento de nuevos actores. Este se puede considerar como un momento crítico de participación de los sectores subalternos, los artesanos, parte de la historia de los trabajadores como fuerza moral en el proceso de constitución política de su clase a través de los actos y luchas mediadas por una economía moral que dirigió la acción de los programas obreros y su actuación política.

Raúl Zhingre

Universidad Central del Ecuador / Escuela Politécnica Nacional

PABLO ORTEMBERG. *RITUALES DEL PODER EN LIMA (1735-1828)
DE LA MONARQUÍA A LA REPÚBLICA*. LIMA: FONDO EDITORIAL
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ, 2014, 402 PP.

Los rituales de expresión de imaginarios sociales en tensión son el tema del libro de Pablo Ortemberg, en el que recoge las principales prácticas festivas del poder de Lima en el tránsito de la forma colonial borbónica del siglo XVIII al quiebre del proyecto bolivariano en la región, hacia finales de la década del veinte de siglo XIX. El autor analiza cómo estos cambios se proyectaron y legitimaron en una liturgia pública que perfiló formas hegemónicas en una sociedad exacerbadamente estamental.

Ante aparentes formas fijas –que buscan expresar la estabilidad de estructuras instituidas o en proceso instituyente– Ortemberg analiza los protocolos rituales en su concreta ejecución, bajo dos criterios: las maneras en que, simulando continuidad, las fiestas son adaptadas a las situaciones y necesidades concretas; y las tensiones latentes entre los diversos actores vinculados que, dentro de la “escenificación armónica”, luchan por acumular o exponer su capital simbólico –corporativo o individual– dentro de pugnas de poder específicas.

Dividido en cinco capítulos y una introducción extendida, el período estudiado se puede agrupar en tres etapas fundamentales: El colonial borbónico, en su tránsito de la exuberante fiesta barroca al limitado intento de racionalización ilustrada; el de la crisis monárquica, entre las circunstanciales autoridades peninsulares y la guerra contra las fuerzas autonomistas, etapa en la que Lima se mantuvo firmemente monárquica, y, finalmente, el primer período independentista americano, en el que los poderes en proceso instituyente se apoyaron en formas existentes para legitimarse.

Apoyándose en autores como Georges Balandier, Norbert Elias y Pierre Bourdieu, el autor afirma que el poder existe y funciona sobre la consolidación de imaginarios hegemónicos que aceptan como real una construcción simbólica impuesta, donde la teatralización ritual da “realidad” a la relación abstracta, reproducción “fetichista [de] la jerarquía y el poder real” (p. 66). Mediante el uso de categorías de Max Weber, el autor ve entre los usos de la fiesta la ilusión de continuidad, la competencia por el capital simbólico, la redistribución del poder, la autocelebración del festejante y la posibilidad de prácticas de contrapoder.

Del período colonial indaga en dos eventos fundamentales: el recibimiento de los virreyes y las juras o proclamaciones reales, rituales que exacerbaban a un punto paroxístico la ostentación del poder y la aceptación a la subordinación, mediante la paradoja de imponer una alegre celebración, en vinculación –no siempre armónica– con las instancias religiosas, que dotaba de una “investidura sagrada” la experiencia. Con estos elementos, Ortemberg propone no ver la ritualidad como simple maquinaria de consciente manipulación, pues todos los participantes del ritual, incluyendo quienes lo dirigen, creen en sus significaciones. Esta “iconolatría barroca” expresa cómo el poder fomentó una imagería abigarrada, combinación de símbolos y alegorías en objetos, imágenes y representaciones, con acciones rituales de una “maquinaria barroca” en la que el suspenso, la ocultación o la reiteración retórica son recurrentes.

Respecto a la llegada de los virreyes, el estudio detalla las secuencias de acontecimientos seguidos, planificados por meses, de un protocolo que definía desde el envío de embajadores hasta el de la cantidad de mulas que debía

tener el coche en una determinada etapa del trayecto, pintoresco desarrollo que termina implicando a la ciudad íntegra.

El estudio de relaciones, basadas en extensas crónicas informativas remitidas a la metrópoli y otros documentos oficiales, Ortemberg muestra que eran descripciones deformadas de prácticas concretas, donde la grandilocuencia respondía a fórmulas retóricas consolidadas por la tradición, pero aparentando novedad, dentro de una práctica performativa que informaba o confirmaba cuasi-jurídicamente el pacto de sometimiento.

La puesta en escena de la jura hacía de la ciudad un escenario total: todos los estamentos entraban a formar parte de una experiencia parateatral que, liberado de lo cotidiano, lo reafirmaba y expresaba una local “geografía del poder”. La decisión borbónica de reformar las fiestas barrocas para controlar el derroche de recursos económicos y simbólicos, registró obediencias y desconocimientos, de acuerdo a estrategias coyunturales con que los actores manipulaban las tradiciones. La presencia de virreyes militares en el contexto de conflictos bélicos globales marcó una ruptura clave, pues se introdujeron elementos castrenses en la ritualidad, prácticas que, marca el autor, no solo tuvieron que ver con la crisis hegemónica sino que dio a las milicias la posibilidad de ascender en una sociedad profundamente estamental. Militarización de imaginarios, cuyo alcance atravesó buena parte del siglo XIX.

La detención de los Borbones en Bayona abre la segunda etapa de estudio, cuya novedad es la inédita ausencia de un centro irradiante claro, lo cual pone en cuestión pero no quiebra el andamiaje litúrgico enfrentado, por primera vez, a entidades abiertamente opuestas. Una guerra de legitimidad que hizo proclamar a los rebeldes “patria” y a los realistas “nación”, en una Lima firmemente realista que se aferró a las juras. El plegar a la Junta de Sevilla, a la Regencia o a la Constitución de Cádiz en 1822 es visto por Ortemberg como una tendencia a parapetarse en la mentalidad instituida, pese a lo ambiguo de las disposiciones.

El autor explica también el paso de la ceremonia militarizada a la directamente guerrera: la construcción del enemigo fue un factor nuevo, paradójico, pues los bandos compartían ritualidades bélicas, tales como la bendición o la encomienda a santos patronos. Al estudiar las prácticas surgidas en el Buenos Aires autónomo, Ortemberg encuentra que ante las fracturas que la fiesta busca ocultar se coloca a los héroes militares y a los representantes ante las Cortes en el lugar que ocupaban los gobernantes coloniales. Las banderas cobraron preeminencia como elemento simbólico central del período, otorgando a su conquista, así como a los triunfos militares, festejos similares a los que tenían las juras, lo cual preconfigura la “simbología encarnada” de imaginarios que evocan niveles tan abstractos como patria y nación, en contraste al distante pero tangible jefe monárquico.

Mientras que la Constitución de Cádiz de 1812 impuso lo que el autor define como la "burocratización de la lealtad": la jura individual que prefiguró al futuro ciudadano, la celebración y elección de cabildos constitucionales, la exclusión del pendón real en las fiestas del poder, una fractura irresoluble. Tiempo de cambios que pasa de la fórmula de seguir las "formalidades acostumbradas en iguales casos" al hacer "lo mismo en lo sucesivo". Cambio de ritualidad que perfila un nuevo vínculo con el poder central, al cual se dieron respuestas diversas: mientras en Lima permitió la continuidad, en el Cusco llevó a la ruptura.

El último capítulo abarca el complejo período que va de la entrada de San Martín en Lima a la salida de Bolívar. El detallado estudio expone las estrategias políticas en relación al ritual, signadas por una misma consigna: la escenificación de la estabilidad. Así como la Lima colonial sitiada realizó un apurado ritual de posesión virreinal a un encargado interino, el recibimiento a San Martín se preparó como si de un virrey se tratase. El general evitó el ritual pero hizo cuartel en las afueras de Lima en el lugar donde históricamente se hacía el traspaso del bastón de mando entre virreyes.

Ortemberg evidencia que, por sobre el conflicto bélico, lo ritual/simbólico implicaba también el conflicto de posiciones y la apropiación de símbolos y espacios. Por ejemplo, la proclamación de Independencia se hizo "en todos los lugares públicos en que en otro tiempo se os anunciaba la continuación de vuestras tristes y pesadas cadenas" (p. 238), esquema que conduce el imaginario de continuidad y orden en la "sustitución semántica por homología de los signos" (p. 242).

En las conclusiones, el autor releva la facilidad con que se reemplazaban emblemas, en contraste a la permanencia del esquema ritual. Primó el reemplazo antes que la supresión, cumpliendo de inicio la función pedagógica de exteriorizar la distribución del poder. Al tiempo, la preocupación de San Martín por crear la Orden del Sol, otorgar condecoraciones que permitían nuevos paseos cívicos y sustituir la simbología anterior, expone la disputa fundamental de una visión que siguió siendo completamente aristocrática.

Intentos de resimbolización como celebración de efemérides continentales, redenominación de espacios o la proyección de monumentos escultóricos de piedra, fueron causa de tensión interna en el intento de configurar fiestas conmemorativas "nacionales", delimitadoras de un territorio cerrado. Sin embargo, en las dos reconquistas realistas de Lima se regresó a las ritualidades anteriores con gran facilidad, mientras que la entrada de Bolívar reactualizó los rituales coloniales en su grandiosidad barroca, casi fomentados por el mismo libertador. El culto a Bolívar, como lo define Ortemberg, calzó con el conferido a la figura real, pompa que buscaba legitimidad o prebendas, aunque meses después inició una drástica desbolivarianización que fue reemplazada por el culto a la patria como emblema abstracto.

A lo largo del texto, el autor llama la atención sobre el uso de la simbología del sol. En la época borbónica esa imagen apelaba a la centralidad del poder absolutista y, ambiguamente, se relacionaba con la imaginería indígena. Durante la primera etapa independentista, San Martín intentó aprovechar su connotación de restitución incaica en la escudería y en la formación de la Orden del Sol, pero esta imaginería despertó resquemor en la población indígena que no solo era mayoritaria sino que acababa de protagonizar sublevaciones de gran envergadura. Por ello, apenas alejado el general, los limeños borraron toda referencia solar e indígena de la naciente simbología patria, sustituyéndola por símbolos de la naturaleza: imaginería sin marcas.

También atraviesa el texto la preocupación constante de los actores por cumplir con las juras, las cuales tenían un ambiguo peso contractual, pero al mismo tiempo llama la atención la debilidad de dichos compromisos: se jura por la Corona, por la Junta de Sevilla o por el naciente Estado del Perú, todo con la misma facilidad. De ello se deduce el argumento de Ortemberg: recibimientos –de virreyes, héroes, protectores o beneméritos dictadores– eran formas simbólicas de conquista, mientras que las juras –a la Corona, la Constitución, la Patria o la República– eran expresión de sumisión, claves del teatro del poder gobernante.

Trabajo de gran envergadura, queda por analizar las prácticas cotidianas los rituales rutinarios de las diversas corporaciones, pues las grandes fiestas podrían considerarse como una proyección maximizada de formas de ritualidad de la vida diaria; y también merece un estudio en relación de la ritualidad limeña con la de sus centros dependientes.

Desde otra perspectiva, se requieren estudios que exploren el proceso de elaboración de las fiestas desde la experiencia concreta: el andamiaje de la fiesta y sus vitales bambalinas como puertas para comprender los imaginarios, más allá de su representación externa, para lo cual se podrían usar archivos judiciales o económicos, sin olvidar que las celebraciones y prácticas populares devienen en formas claves de las prácticas hegemónicas y, ocasionalmente, contrahegemónicas.

Alejandro Aguirre Salas
Universidad Central del Ecuador